

628

www.flacsoandes.edu.ec

Biblioteca Nacional

98-ANDR

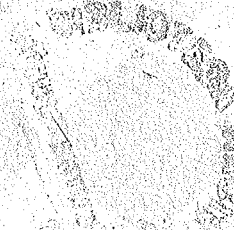
obra

Punto A

ED

Manuel Andrade L.

74



LA VERDAD

ANTE LA HISTORIA

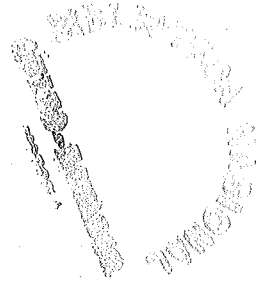
La obra de 1906 - Libros



GUAYAQUIL

IMP Y LIT. DEL COMERCIO.

1912



LA VERDICACION





Coronel M. Andrade L.



La Verdad ante la Historia.

MI VINDICACION.

Sufrir una injuria es dar alas á la violencia y contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si el derecho vulnerado cediera sin resistir el mundo caería muy pronto en garras de la iniquidad.

Luis Ménard.

(Le moral avant les philosophes.)

Antecedentes.

NO ES MI ANIMO escribir la historia detallada y completa de la campaña de 20 días, que dió por resultado el derrocamiento del gobierno constitucional del señor don Lizardo García; porque para ello necesitaría de tiempo, paciencia y dinero. Si Dios me da vida y mis circunstancias económicas lo permiten, escribiré los pormenores de esa campaña, como que fuí uno de los actores, en defensa del orden constitucional, y testigo presencial de la debilidad de carácter, de la deslealtad, de la traición y miseria moral de muchos ecuatorianos que entregaron los destinos de la patria al General don Eloy Alfaro, conociendo como conocian que este caudillo había venido al Ecuador como el *azote de Dios*, é iba á implantar una política de derroche, escándalo, sangre y exter-

minio, causando la ruina del país. Pisoteó la Constitución, atropelló la ley, vejó á los mejores ciudadanos, dilapidó los caudales públicos en beneficio de los suyos y convirtió el Ecuador en una especie de cacicazgo donde no se obedeciera otra orden que la suya, parodiando la política de Luis XVIII: *El Estado soy yo.*— Colmó, al fin, la medida de la indignación pública, y llegaron para él su cruz y su calvario: el 11 de Agosto de 1911 y el 28 de Enero de 1912, son dos fechas que se enlazan entre sí, y que prueban elocuentemente que el crimen tiene su lógica que es, por cierto, implacable.

Desde que el señor General don Leonidas Plaza Gutiérrez se desprendió republicánamente de las insignias del poder y las colocó en el pecho del señor García, para nadie era un secreto que don Eloy conspiraba contra el orden público, franca y resueltamente. Aprovechó de que el Congreso le nombrara miembro de la Comisión Codificadora de Leyes Militares, é hizo una gira á Quito, donde acordó el movimiento político que estalló en Riobamba en la noche del 31 de Diciembre de 1905.

Un conocido periodista, el señor Manuel J. Calle, en una correspondencia que publicó "La Nación", hizo una denuncia detallada de este plan revolucionario, señalando nombres y apellidos y fecha. Los señores del Gobierno no lo creyeron, porque tenían á don Eloy como un *cadáver político*, olvidando al revolucionario consuetudinario, que habia combatido contra todos los gobiernos del Ecuador.

Lo cierto es que el 1° de Enero de 1906 se supo en esta ciudad, que habia estallado la revolución en Riobamba, en la noche indicada, encabezada por el entonces coronel don Emilio M. Terán, proclamando Jefe Supremo al General don Eloy Alfaro, quien salió de Guayaquil oportunamente y se internó en las montañas de Bulubulu, de donde salió guiado por el entonces Coronel Pedro J. Montero, al centro, para ponerse al frente de ese movimiento político que iba á rematar la esclavitud de la patria.

Por hoy me basta tocar puntos generales de mi ac-

tuación como jefe de la división que marchó al centro á debelar ese movimiento.

Inútiles fueron mis esfuerzos y sacrificios por restablecer el imperio de la Constitución. La traición de gran parte del Ejército hizo inútil mi empeño, y, al fin, constreñido por las circunstancias, tuve que capitular para salvar las reliquias de mi división y, sobre todo, el honor militar del Ejército que permanecía fiel á sus banderas.

Si la fuerza pública, llamada á sostener el orden, se rebelaba contra la Constitución, ¿cómo podíamos mantener la ilusión ni la esperanza de sostener al Gobierno y las instituciones republicanas?

Esta capitulación ha sido para mis enemigos gratuitos y envidiosos un filón que han explotado en desdoro mío, sin un rasgo de piedad ni misericordia; pues su suspicacia y maledicencia han llegado á la infamia de ponerme en parangón con los Júdas de la política, que venden la patria por 30 monedas, creyéndome tan depravado y pequeño que pueda manchar mis manos con el dinero de la venta y hacer una capitulación por la paga.

La especie ha circulado *sotto voce*, y el tiempo y mi silencio van consagrando esta calumnia como una verdad histórica, dando márgen á que los poderes públicos desconfíen de mí.

En la última campaña contra la inicua revolución, que tuvo su epílogo sangriento en las quebradas de Pasan y los bosques de Naranjito y Yaguachi, hubo gentes que se acercaron al General Plaza y pusieron en tela de juicio mi conducta militar, infundiendo sospechas y desconfianzas al General en Jefe; quien, hidalga y generosamente, desechó la calumnia y me honró con su confianza.

Mas no adelantaré consideraciones generales, y paso á hacer una relación, aunque somera, de las causas y motivos que me obligaron á la capitulación.

II

La Revolución

Así como se tuvo conocimiento en este puerto del movimiento revolucionario ocurrido en Riobamba, se reunieron en la gobernación las autoridades civil y militar y algunos caballeros adictos á la causa del Gobierno, con el fin de deliberar de la situación.

Mandaron en seguida á llamar á los Jefes de los cuerpos de la guarnición, para noticiarles de lo ocurrido y oír su opinión al respecto. Era entonces Comandante General de la plaza el señor general don Fidel García.

A esa reunión asistí yo como 1er. Jefe del batallón N^o. 1^o. de línea. En ella nos avisaron que el entonces coronel Emilio M. Terán, apoyado por algunos jefes y oficiales de la guarnición de Riobamba, se había levantado en esa ciudad en armas contra el Gobierno.

Las autoridades civil y militar se hallaban completamente desmoralizadas, como que el enemigo sitiaba ya la ciudad; nada decían, ni hacían. Parecía que la noticia de la revolución había paralizado sus facultades. Se hallaban en un mutismo inexplicable. El gobernador era el señor don Federico Galdos. Al ver semejante desidia é ineptitud, tomé mi sombrero, rompí el silencio y salí, expresando, que se necesitaba una cabeza pensadora que se hiciera respetar y obedecer; porque, de lo contrario, estábamos perdidos.

Por la tarde me hicieron llamar para comunicarme que yo era el designado para marchar á Riobamba y sofocar la revuelta.

A pesar de los años transcurridos desde aquella fecha, no me explico la razón ó motivo que hubo para que las autoridades mantuvieran una actitud expectante ante el peligro que amenazaba á la República. El gobernador manifestó una apatía é indiferencia por demás censurables. Lejos de ponerse en acción y tomar medidas de seguridad contra los partidarios de la revolución, que pregonaban por calles y plazas los triunfos

de Don Eloy, miró las cosas con fría indiferencia y dió lugar al movimiento del 19 de Enero, en que los alfaristas tomaron el cuartel de Policía como tomarse su propia casa, sin hallar resistencia alguna, y se proveyeron de armas y municiones para atacar á los cuarteles y dar en tierra con el Gobierno, proclamando el imperio del desórden y la anarquía.

III

Primeras contrariedades

Como soldado de la República y fiel observante de la disciplina militar, ninguna observación tenía que hacer al mandato de mis superiores. Acepté el mando de la división pacificadora y me dispuse á marchar. Se acordó, pues, que tomando yo una compañía de artillería y otra del N.º 1.º y más de cien hombres de la Policía, me pusiera en marcha al interior.

A las 5 p. m. despaché parte de mi gente á Durán, y yo me quedé con el resto en el Malecón, aguardando el regreso del vapor para seguir viaje. Tenía, además, que llevar el parque.

El vapor regresó á las once de la noche con su máquina dañada, y no pudo salir sino al siguiente día. A las cinco de la mañana, en el mismo vapor, una vez reparado el daño, marché á Durán.

En vano me quejé á las autoridades de este retardo, esperando que se fletara otra nave para avanzar á Durán. A mis constantes reclamos, pusieron oídos de mercader, y no dictaron ninguna providencia para obviar la dificultad. Lo cierto es que pasé con mi gente una noche toledana.

Llegué á Durán á las seis de la mañana, y sorprendidamente me ví rodeado por distinguidos jefes del Cuerpo Contra Incendios, que habían ido oportunamente á ese lugar con el objeto de reclamar á muchos bomberos que habían sido enrolados en la división que marchaba á la campaña.

En el acto ordené la libertad de los bomberos y

y me embarqué en seguida con mi gente en el tren, en marcha para Alausí.

Público y notorio era en esa época, que Mr. Archer Harman, empresario del Ferrocarril, apoyaba decididamente á la revolución.

El señor García trató de arribar á una liquidación formal del Ferrocarril y su inmediato rescate; operación financiera que afectaba profundamente á los intereses del empresario y sus socios. Quería, pues, seguir explotando á la nación, con esa *cuerdá del suicida*, como llamó al contrato del Ferrocarril el Ministro señor Gonzalo Córdova.

¡Coincidencia misteriosa! Con pocos días de diferencia yacen Harman y Alfaro en el sueño eterno de la tumba, muertos ambos trágicamente.

Pues bien, desde el principio de la campaña, la Compañía del Ferrocarril puso obstáculos é inconvenientes á la movilización de las tropas, como tendré ocasión de probarlo más adelante.

IV

En Alausí

Por la tarde llegué á Alausí con mi tropa, sin novedad alguna.

A pocos minutos después recibí un telegrama del Sr. Ministro de la Guerra, concebido en estos términos:

“Quédese en ese punto hasta segunda orden: mi exploración está en Latacunga, mi sostén en Machachi y yo salgo de Quito con el grueso para unirnos en las pampas de Luisa”.

En obediencia de esta orden pernocté en Alausí.

Esperaba con ansiedad profunda algún nuevo aviso ú orden, pero no volví á tener ninguna otra noticia.

Entonces sospeché de la autenticidad del telegrama. Por experiencia propia sabía yo lo que valían estas órdenes telegráficas, cuando el enemigo se halla en

posesión de las líneas del tránsito. El telegrama no lo recibí en clave, porque no la tenía con el señor Ministro; y aun cuando la hubiese tenido, los telegrafistas son gentes de poca ó ninguna confianza, salvo, por cierto, honrosas excepciones: son maestros para descifrarlos é interpretarlos á su antojo.

El tal telegrama me inspiró serias desconfianzas, y el silencio del señor Ministro me hizo comprender que era víctima de una superchería, ó de una estratagema del enemigo para ganar tiempo y atacarme con ventaja. Resolví, pues, continuar mi viaje y salí á Guamote.

V

Combate de San Juan

En Guamote tuve aviso de que los revolucionarios se organizaban en Riobamba. Seguí á Cajabamba donde pernocté en la noche del 3.

El 4 por la mañana supe que el enemigo había salido de Riobamba á mi encuentro y tomaba posiciones en el cerro de San Juan.

Salí apresuradamente de Cajabamba por la carretera. Al llegar frente al cerro de Bellavista tomé mis precauciones de combate. Creyó el enemigo batirme en la carretera y concentró sus fuerzas en esa dirección. Iba á atacarme de frente y por los flancos; pero yo que comprendí sus intenciones, distribuí mis fuerzas de la siguiente manera:

Por las alturas de la izquierda despaché una fuerte guerrilla, compuesta de diestros tiradores; otro tanto hice por la derecha, al mismo tiempo que una de exploración al mando del valeroso mayor Mejía, y tras éste un oficial con 20 hombres. Emplacé dos piezas de artillería en un sitio adecuado, que dominaba toda esa zona.

Pocos minutos después se rompieron los fuegos frente á la hacienda de San Juan y por los flancos.

La resistencia fué muy porfiada, sobre todo en las alturas de Bellavista, en donde había unas parvas de

trigo, tras las cuales se había atrincherado el enemigo. A este punto hubo que reforzar muchas veces, hasta que tomado á sangre y fuego se pronunció la derrota del enemigo, quien dejó en el campo algunos muertos, muchos heridos y unos tantos prisioneros. Estos fueron tratados según las leyes de la guerra y enviados al siguiente día á Guayaquil, desde Riobamba, á donde avancé esa tarde del combate, después de recorrer el campo de batalla, enterrar los muertos, recoger los heridos, así como el armamento y municiones.

VI

La traición de los batallones Carchi, Pichincha y Regimiento de caballería

Se confirmaron mis sospechas del falso telegrama del señor Ministro de Guerra, pues no tuve más noticia de este señor.

Por la tarde, hallándome en Riobamba, fui informado de que los batallones de línea "Carchi" y "Pichincha" y un Regimiento de caballería, que conducía el Sr. Ministro al teatro de la guerra, faltando á sus juramentos, traicionando á sus banderas, manchando su uniforme y echando por el suelo el honor militar, habían pasádose al enemigo con armas, cajas, banderas y bagajes.

Esta noticia me amargó en el alma, y veía ya á mi infortunada patria en manos del caudillaje militar que tantos daños le había causado. Si las tropas del Gobierno, llamadas á sostener el orden, eran las primeras en proclamar el desorden y la anarquía, ¿qué esperaba yo de los demás?.....

Esta traición quebrantó un tanto la moral de la división que comandaba, la cual había acabado de dar una prueba de su respeto á la Constitución, combatiendo heroicamente en San Juan. El ejemplo es oro, y como tenía informes de que había en mi división algunos desafectos al Gobierno y partidarios de Alfaro, resolví retirarme á Guamote, y me retiré. Para esta retirada

influyó en mi ánimo la falta de municiones, pues casi todas se agotaron en el combate. No tenía más que medio cajón de cartuchos metálicos y 12 tiros de cañón.

Antes de salir me puse de acuerdo con el señor gobernador del Chimborazo é hice á Guayaquil á los señores gobernador y comandante general el siguiente telegrama:

“Es positiva la traición de los 3 cuerpos. Mándenme municiones que no las tengo, refuerzo de gente y 2 ó 4 cañones Krupp.”

He aquí la contestación:

“Si usted responde por el éxito de la campaña le mandaré; sino, véngase á Guayaquil.”

Era necesario que yo hubiese hecho pacto con la victoria para responder por el éxito. La guerra es hoy un problema, la Ciencia resuelve la ecuación. Pasaron los tiempos en que el valor decidía de los combates. Con las armas modernas puede úno ser más valiente que Páez; pero si no tuvo un fusil de retrocarga, puede dejarse matar por el más cobarde que lo tenga y sepa manejarlo.

¿Cómo podía responder del éxito cuando una gran parte del Ejército se había rebelado y podía batiirme con ventaja, sabiendo que no tenía municiones?

Ese telegrama prueba el desconcierto y la nulidad de las autoridades de Guayaquil.

Resolví regresarme é hice este otro telegrama:

“Cumpló con su orden y voy á Guayaquil.”

VII

Otra vez en Alausí

Tomé el tren y me puse en marcha, emprendiendo viaje de regreso á Guayaquil.

Cuando llegué á Alausí fuí sorprendido con el siguiente telegrama:

“Regrese usted que va todo lo que ha pedido con el coronel Almeida Suárez.”

Contramarché á Guamote en donde esperé tranquilamente al coronel Almeida Suárez, pero este jefe no asomaba á pesar de haber transcurrido dos días desde que recibí la noticia de su salida. Mis ideas cruzaban por mi mente al considerar esta demora, temiendo que algo grave le había pasado en su viaje.

A los tres días llegó con su gente. La causa de la demora había sido porque no sé si casual ó intencionalmente volcaron una máquina en Bucay, para interceptarle el paso y dejarme á mí en peligro de ser atacado y vencido por las fuerzas sublevadas. El coronel Almeida Suárez tuvo que imponerse, revólver en mano, y así pudo abrirse paso. Bien se comprendía que la Compañía del Ferrocarril ponía obstáculos al Gobierno, en su empeño de proteger á la revolución.

La gente que conducía el coronel Almeida Suárez no inspiraba ninguna confianza. La mayor parte, desde que salió de Durán, venía gritando ¡Viva Alfaro! Estaba maleada por la revolución. Esto les consta á los propietarios y habitantes de la línea férrea.

VIII

Movimiento de avance

Llegué á Cajabamba sin ningún contratiempo, y allí supe que el enemigo había ocupado Riobamba.

Me apresté en seguida á atacar esa ciudad y, al efecto, despaché una fuerza de exploración al mando del mayor Mejía, quien se encontró con las avanzadas enemigas y las puso en derrota, persiguiéndolas hasta las goteras de Riobamba, de donde regresó á darme parte de lo ocurrido.

Al siguiente día, por la mañana, embarqué mi gente en el tren y seguí sobre Riobamba, alentado con la esperanza de encontrar al enemigo y batirlo con ventaja.

Antes de llegar á la estación hice alto. Desembarqué á la tropa y, en són de combate y con todas las precauciones del caso, avancé sobre Riobamba; mas al

llegar á los suburbios de esta ciudad se me presentó un explorador que había tomado á un indio espía, quien me dió aviso de que el enemigo había emprendido la fuga la noche anterior, con dirección al Norte.

En Riobamba no había un partidario del gobierno que diese alguna noticia ni informase de nada. Parecía que todos simpatizaban con la revolución, porque el general Alfaro les había ofrecido á sus habitantes, que el Ferrocarril pasaría por la ciudad.

Entré como en un desierto, avanzó el tren, desembarqué el parque y en seguida me puse á buscar acémilas para la conducción del parque y emprender en la persecución del enemigo que sabía se hallaba desmoralizado cometiendo mil exacciones, sin que hubiera una mano fuerte que lo contuviera; pero no encontré una sola, porque el enemigo, al emprender la retirada, no había dejado un pelo de bestia.

Por la tarde se dió puertas á la tropa para que buscara su alimento. A poco se presentaron el gobernador don Carlos Larrea y el intendente de Policía, quienes me comunicaron que la tropa que había salido, se hallaba en las calles, gritando ¡Viva Alfaro!

Incontinenti la mandé á recoger, y hechas las indagaciones del caso, descubrí á los cabecillas del motín, y los devolví á Guayaquil, en junta de los prisioneros de guerra, con las seguridades respectivas.

Veía ya desde entonces que estaba rodeado de peligros, que no sólo tenía que combatir con el enemigo, sino tomar precauciones y seguridades con los propios.

La causa del Gobierno estaba perdida; pues sólo tenía falsos amigos, autoridades ineptas y tropas desleales. Era un círculo dantesco, en cuyas puertas veía escritas aquellas palabras del poeta florentino: *Lasciata ogni speranza.*

En la imposibilidad material de conseguir acémilas para movilizarme, hice á las autoridades de Guayaquil el siguiente telegrama:

“No tengo cómo perseguir al enemigo por falta de acémilas, para trasportar la artillería. Mándenme por el tren lo más pronto posible unas 50 para poder moverme en persecución del enemigo.”

Al mismo tiempo mandé una avanzada á Mocha para que me trajera acémilas y otra á Guaranda, al mando del mayor Osorio, para que restableciera el orden y trajera también algunas acémilas.

Ambas comisiones se desempeñaron satisfactoriamente.

Las autoridades de Guayaquil llamaron al señor Emilio Estrada, especie de Ninfa Egeria del caudillo revolucionario, y le pidieron dichas acémilas por cuenta del Gobierno.

El señor Estrada escogió 50 mulas de la Empresa de Carros Urbanos, cuyo gerente era, flacas, enclenques, amatadas, de cola á crin, y las vendió á un alto precio, las mismas que fueron enviadas á Durán, en donde permanecieron un día sin comer, debilitándose más y más, para que no pudieran prestar servicio alguno. Después se las embarcó en el tren y se las remitió á Riobamba, á donde llegaron á los 3 días, en estado de muerte.

IX

En marcha para Ambato

Con las acémilas venidas de Guayaquil pude ya movilizarme.

Hube también de tomar, por la fuerza, una carreta de un señor Cordovéz para trasportar el parque de artillería.

Salí para Ambato en persecución del enemigo.

Al siguiente día tuve que hacer transportar el parque á Mocha en hombros de indios. Las mulas de la Empresa de Carros Urbanos se rindieron y quedaron en el camino.

En ese mismo día regresó la comisión de Guaranda trayendo algunas acémilas, con las que pude continuar la marcha á Ambato.

Entre tanto, el General Alfaro se incorporó en Latacunga con algunos partidarios suyos á las fuerzas sublevadas y siguió al Norte. Encontró en el Chasqui al coronel Larrea, Ministro de Guerra y Marina que

había venido con fuerzas de Quito, lo batió, triunfó sobre las fuerzas del Gobierno y ocupó la Capital sin resistencia alguna.

Llegué á Ambato y allí supe el desastre de Chasqui. La noticia cundió como ráfaga helada en los corazones de los jefes, oficiales y soldados de mi división, causando un desaliento profundo.

Mi situación vino á ser muy triste y excepcional.

Dueño el caudillo revolucionario de Quito podía organizar una respetable división, y con los bríos que dan la victoria, obtener otra fácil y barata sobre mi pequeña división.

Pero las contrariedades y vicisitudes fortifican el ánimo del soldado, y así continué el viaje de frente, sin arredrarme ante el peligro que se cernía sobre mi cabeza.

X

En Latacunga

Avancé con mi tropa sobre Latacunga y dejé en Ambato algunos enfermos, ropa del Ejército, armamento de los desertores, etcétera.

Hice posta tras posta indagando y preguntando algo sobre los sucesos desarrollados, y en todo el trayecto, de Ambato á Latacunga, no obtuve noticia alguna. Sólo las buenas gentes del campo se quejaban de las exacciones y abusos que había cometido la tropa sublevada.

Llegué á Latacunga sin novedad alguna.

Hallándome en esta ciudad recibí un telegrama del señor General Plaza en el que me ordenaba que no diera combate en Quito, que lo esperara, que ya salía.

Por la noche recibí otro del Dr. Emilio Arévalo en que me decía.

“Soy el Jefe Civil y Militar de esta plaza; el general García me ha entregado los cuarteles.”

Esta noticia me alarmó, y no la creí. Sabía que la plaza de Guayaquil estaba bien guarnecida con fuerzas

leales, y nunca pude sospechar que el General García entregara tan fácilmente los cuarteles.

Me hallaba haciendo estas consideraciones, cuando recibí del mismo señor otro telegrama, concebido en estos términos:

“Confirmando mi telegrama anterior en que participaba á Ud. la transformación política efectuada en esta ciudad el día de ayer y que ha proclamado Jefe Supremo de la República al Sr. general D. Eloy Alfaro y Jefe Civil y Militar de esta Provincia, al suscrito, con suma de facultades. Espero que Ud. se someterá sin dificultad al nuevo orden de cosas; pues demás es decir á usted que toda resistencia sería inútil, desde que el Gobierno de Quito ha dejado de ser, toda vez que el Sr. Gral. Alfaro se halla en la Capital y á cada momento recibo las adhesiones al pronunciamiento de Guayaquil de las demás provincias. Si Ud. se resistiera, desde ahora hago á Ud. responsable ante la Patria y la Historia de la sangre que se derrame. Inoficioso que le diga que Ud. tiene amplias garantías, y que en esta ciudad no se ha perseguido á nadie. Espero su pronta contestación. El Sr. coronel Campi partirá á recibir las fuerzas de su mando.”

Al mismo tiempo el telegrafista que me trasmitía este parte desde Alausí me anunciaba que venía de Guayaquil el coronel Treviño con 100 hombres á tomarse aquella plaza.

¿Qué había ocurrido en Guayaquil?

Que los alfaristas se tomaron el cuartel de policía, sin ninguna resistencia, al mismo tiempo que en el salón de la casa de Gobierno se trataba de darle vida galvánica al gobierno constitucional, encargando del Poder Ejecutivo al Sr. Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, vicepresidente de la República.

Los revolucionarios tomaron el parque que había en la policía, se armaron y atacaron á los cuarteles. Fueron rechazados, obteniendo el Gobierno un espléndido triunfo.

Sin embargo, el General García, triunfante, tuvo una entrevista con el Dr. Emilio Arévalo, que se había hecho nombrar Jefe Civil y Militar durante la refriega,

quien le persuadió la necesidad de entregar los cuarteles á la revolución, para evitar la efusión de sangre.

Esta entrega fué el completo triunfo de la revolución y el principio del *via crucis* de la República.

La noticia de la transformación política de Guayaquil, cayó en mi campamento como una bomba de dinamita, causando la completa desmoralización de la tropa y el descontento general.

Principiaron las murmuraciones entre los jefes y oficiales, y la deserción de la tropa fué en alta escala.

El mayor Osorio, jefe de uno de los cuerpos, dijo, sin ambages ni rodeos, que no peleaba contra Alfaro, porque era hermano masón.

Sepa el Gobierno que los masones no valen para soldados. En el momento del peligro faltan á la disciplina militar.

Otro jefe dijo que izaría bandera blanca, porque no había Gobierno á quien defender.

Hubo oficiales que trabajaron asiduamente por sublevar á los cuerpos, y pudieron conseguir que se insurreccionara el batallón N^o. 1^o. Cuando salí de Latacunga no quiso este cuerpo seguir viaje. Supe esto y me lancé sobre el cuerpo sublevado, á quien le recordé las leyes del honor y el fiel cumplimiento de sus deberes para con la Patria, la Constitución y el Gobierno. El batallón se sometió y continuó el viaje.

Los jóvenes de Latacunga, cuando me vieron entrar al cuartel, temieron por mi vida; pues tenían convicción íntima de que me victimarían. Por fortuna nada me pasó.

Para el sometimiento de la tropa es verdad que conté con el apoyo de los oficiales leales.

En la misma ciudad de Latacunga me informé de que el señor General Franco, que salió al norte con una brillante división, abandonó su puesto, dejando que la tropa bote las armas, las mismas que recogió el General Arellano, que estaba con la revolución.

Todo esto agravó mi situación y era imposible sostenerse, y vi desmoronarse por completo el edificio de la constitucionalidad. La tropa empezó á pasarse al enemigo, llevando sus armas, lo mismo que algunos

oficiales. Principió la debacle, pues hasta estos últimos se desertaban.

Viéndome en tal aprieto, llamé al culto é inteligente Sr. Dr. J. Alberto Cortés García, jefe de la ambulancia, y otros caballeros de confianza que me acompañaron, y les dije:

“Estamos perdidos, sigue la desmoralización de nuestra gente, la mayor parte del Ejército ha traicionado, se ha vendido. Casi toda la República está por la revolución. No nos queda otro recurso que capitular.” Dirigiéndome al Dr. Cortés le dije:—“Usted se va con el coronel Almeida Suárez á Quito á hacer los tratados que salven el honor de mi división.”

Hice en seguida un posta al Presidente señor García pidiéndole dinero para racionar á la tropa, porque sólo tenía para dos ó tres días. La contestación fué negativa.

XI

En Chisinche

Salí de Latacunga y seguí viaje al norte. Pernocité en la hacienda de la Ciénega.

En esa hacienda los oficiales, con pocas excepciones, murmuraban entre sí y decían:

“Por qué vamos á pelear? Si no hay Gobierno ¿por qué nos quieren sacrificar?” Era un grito general.

Al siguiente día pasé á Chisinche.

Comprendí entonces que mis subalternos dudaban de la lealtad y buena fe de mis propósitos. Los llamé y les dije en alta voz, profundamente conmovido:

“Camaradas: no soy el hombre que pueda sacrificar á mis leales y valerosos compañeros de armas, que me han acompañado en esta ruda campaña. Cada hora que pasa viene á dificultar nuestra situación. He mandado al Dr. J. Alberto Cortés G. á hacer tratados de paz. Vamos á firmar una capitulación honrosa, porque todo esfuerzo que hagamos es de ningún valor, é inútil, sería ya el derramamiento de sangre. Si fuera una guerra internacional, no capitularíamos. Moriría-

mos todos en nuestro puesto, porque es dulce y glorioso morir por la Patria. He pedido garantías para capitular. Sobre todo salvemos la honra de la milicia ecuatoriana, ya que la mayor parte del Ejército se ha vendido y ha manchado su uniforme, cargando con el estigma de la traición con que la Historia la recomendará á las generaciones venideras."

Con esta alocución calmé algún tanto los ánimos, y convencidos de la capitulación, lanzaron un grito de ¡Viva el Coronel Andrade!

XII

Regreso de los comisionados

Al día siguiente regresaron los comisionados de paz doctor Cortés García y coronel Almeida Suárez, quienes me dieron cuenta de que el Jefe Supremo había aceptado todas y cada una de las bases de la capitulación, con excepción de aquella en que se exijía la formación de un triunvirato, en representación de los tres antiguos departamentos de la República: Quito, Guayaquil y Cuenca, agregando que el General se había expresado en los siguientes términos: "Si el Coronel Andrade tiene 500 hombres, los 300 son míos; él ha debido venir ya muerto ó amarrado."

Por la tarde se presentaron en la hacienda de Chisinche un señor Holguín con otros dos más, quienes me aseguraron ser jefes que venían á recibir el armamento. Algo á retaguardia de éstos observé que había gente armada.

Me hallaba ya sin dinero para raciones y lo primero que pregunté á los comisionados fué si traían plata para racionar á mi gente. La contestación fué negativa. Entonces les repliqué: "No entrego las armas y me regreso."

Levanté el campo á las 5½ de la tarde y fuí á pernoctar en las alturas de Monte Redondo. En esa noche se desertaron muchos soldados y un oficial.

Al siguiente día seguí viaje á la Ciénega, donde conseguí provisiones para mi tropa.

Poco después llegó el Sr. Dr. Manuel del Calisto y avistándose conmigo se expresó en estos términos: "Coronel: todo esfuerzo que haga es inútil. La República está por la revolución."

Esta noticia la difundieron los oficiales entre la tropa, y la defección no se hizo esperar.

Sólo me quedé con 80 hombres y algunos oficiales, los más leales.

XIII

Arribo de la comisión de Quito

Firme en mi propósito de entregar las armas honrosamente por medio de la capitulación que fué aprobada por el caudillo revolucionario, la defección de mi tropa no me desalentó ni intimidó, y esperé tranquilo á la comisión de Quito.

Llegó ésta, racionó á la tropa, extendió pasaportes á los oficiales y tropa, con los auxilios necesarios hasta el lugar de su residencia. Recibí también el mío y regresé á Guayaquil. Entonces pude observar que la gente armada que acompañaba á la comisión y venía á recibir las armas, era la mia que se había pasado al enemigo.

Al despedirme y antes de disolver la tropa, publiqué la siguiente alocución:

Adición á la Orden General para el 23 de Enero de 1906.

Artículo único: El Jefe de Operaciones, sumamente complacido de la subordinación observada hasta hoy por sus leales camaradas, se permite recomendar tan digno comportamiento á la República entera, como ejemplo que deben imitar todos los que se honren en pertenecer á la noble carrera de las armas; pues ve orgulloso que la Heróica División del Centro ha salvado el buen nombre del Ejército Ecuatoriano, vilipendiado por unos cuantos desleales, cuyos nombres se inscribirán en el libro de la Historia con el estigma infame.

mante de **traidores**. Hoy que el Gobierno legalmente constituido ha tenido que verse reemplazado por el provisorio que aclama como Jefe Supremo al señor general Eloy Alfaro, como fruto de la revolución hecha por una conocida parte del Ejército, y ya acordada una capitulación altamente honrosa que nos reconoce como leales, únicos é incorruptibles defensores de la Constitución y la paz, el infrascrito cesa en el mando de la muy Heróica División del Centro, sintiéndose orgulloso de haber tenido la suerte de comandarla, y retirándose á la vida privada con la satisfacción de haber cumplido con su deber y de haber sido secundado por todos y cada uno de sus camaradas, de los cuales se despide, dándoles el fraternal abrazo del Jefe que se aleja de ellos, satisfecho de su subordinación y patriotismo y llevando el recuerdo imborrable de las horas de campaña que han transcurrido á su lado. El Jefe de Operaciones recomienda á sus compañeros de armas, que hoy, al separarse, sólo se escuche como despedida la voz que debe salir de todo pecho honrado, el patriótico grito de ¡VIVA EL ECUADOR!!.

La Ciénaga, Enero 23 de 1906.

(f.) *M. Andrade L.*

Mi misión militar había terminado y me retiraba á mi casa con la satisfacción del deber cumplido.

XIV

La Calumnia

Si la revolución dominaba en casi toda la República; si plazas importantes como la de Cuenca se vendían por mil sucres; si no existía ya el gobierno constitucional; si sólo tenía yo 80 hombres, desmoralizados, y algunos jefes y oficiales descontentos, que murmuraban entre sí y manifestaban lo insostenible de la situación; si carecía de dinero para racionar á la tropa; si todo estaba perdido menos el honor, pregunto ¿podía yo sólo vencer á una formidable revolución que ocupa-

ba las capitales de provincia y tenía el prestigio de la victoria del Chasqui, tropas, dinero y todos los elementos de combate?

Era necesario que me calificasen de tonto ó imbécil para emprender en una tarea de titanes.

Traté de que viniesen en mi auxilio las fuerzas de Cuenca; pero el coronel Fierro me contestó que le enviase dinero. A poco entregaba esa plaza al Dr. José Peralta. Al haberle mandado el dinero, éste se habría perdido y ya no tenía ni el patrimonio de Alejandro: *la speranza*.

Humanamente hablando ya no se podía exigir más de mí. No soy santo ni tengo el dón de milagros para mandar como Josué que el sol suspenda su curso, ni podía esperar que bajasen del cielo legiones de ángeles, para libertar al señor García.

Capitulé constreñido por las circunstancias, como han capitulado distinguidos capitanes en casos análogos, sin que por esto se les hubiese infamado diciendo que recibieron dinero.

Los generales Dupont, Vedel y Dufour capitularon en España cuando la guerra napoleónica, después de los desastres de Bailén y Zaragoza y la heroica resistencia del 2 de Mayo en las calles de Madrid. Capituló el Mariscal Junot después de la batalla adversa de Vineira. Capituló y se rindió Napoleón III en Metz, después de la batalla de Sedán, porque no pudo morir en medio de sus tropas. Capituló el general Stoessel y entregó las armas al general japonés Nogi, después de haber perdido casi toda su gente en la desesperada defensa de Puerto Arturo.

Cuando creí haber cumplido con mi deber y descansaba tranquilo en el testimonio de mi propia conciencia, ha venido á amargarme la calumnia; pues mis enemigos gratuitos y envidiosos han difundido *sotto voce* la especie de que hice la capitulación, porque Alfaro me dió una fuerte cantidad de dinero. Me juzgan un mercenario que pongo á jornal mi conciencia, defendiendo hoy lo que perseguí ayer, por dinero. Me califican de traidor y creen que yo soy capaz de recibir las

30 monedas de la venta, como Júdas, y vender á la República.

Reto á mis adversarios para que me prueben quién me dió el dinero, en dónde, á presencia de quiénes, en qué partida de los libros de la tesorería se halla el gasto, como entregada por la capitulación. Si esto no prueban, son unos impostores y calumniantes y los emplazo ante el Tribunal de la Opinión Pública, para que respondan de su infamia.

Ni el General Alfaro, ni el Dr. Calisto ni nadie me entregó un centavo por la capitulación.

Un momento no me separé de mis compañeros ni de mi Estado Mayor, y ninguno de ellos puede afirmar que yo haya recibido dinero para entregar las armas.

El señor doctor Alberto Cortés García, que fué á Quito como parlamentario, caballero muy conocido en nuestra sociedad por sus méritos distinguidos y excelentes prendas personales, abona mi conducta y rechaza, airado, la calumnia.

La inquina de mis enemigos ha llegado al extremo de asegurar al señor General ~~Blanco~~ que yo estaba de acuerdo con el dictador Montero, y éste procuró siempre hacerme daños, sólo porque el dinero que colecté entre mis subalternos, cuando el último conflicto internacional con el Perú, lo entregué á la Junta Patriótica, cuando me lo pedía con insistencia.

Con todo, merecí la confianza del General en Jefe y del Jefe de Estado Mayor General y continué presentando mis servicios hasta la entrada en Guayaquil.

He alcanzado las charreteras de coronel, ascendiendo por rigurosa escala, por mis servicios. Jamás he sido revolucionario ni idólatra de ningún caudillo, partido, ni facción. Alfarista no he sido un solo día, porque no nací para esclavo, verdugo, ni pretoriano.

Respetuoso siempre, á la Constitución y las leyes, he servido con lealtad y adhesión á gobiernos legítimos, observando y haciendo observar la más rigurosa disciplina.

Para ponerme al abrigo de la miseria, dadas la inestabilidad de las instituciones y de los hombres en estas agitadas democracias, aprendí un oficio, con el cual

he ganado el pan, honradamente, cuando no he estado en servicio activo de las armas. Esto me ha dado libertad é independencia para proceder en todos mis actos de la vida pública. Sólo el vago, sin oficio ni beneficio, se convierte en verdugo de sus hermanos y es sostén de tiranos y tiranías.

Soy de la opinión de un grande hombre y tengo sus preceptos grabados en mi corazón é inteligencia: "Para el soldado, dice, hay dos cosas santas: la bandera que representa el honor militar, y la ley, que representa el honor nacional. El mayor de los atentados consiste en levantar bandera contra la ley. De crimen semejante los soldados *ecuatorianos* deben ser vengadores, no cómplices."

Por eso es que presté mis servicios en la última campaña.

La misión del soldado, es muy grande, muy noble y muy digna, cual es la de ser el guardián celoso de la ley y el defensor de los derechos y garantías del pueblo.

Cuando un ejército se convierte en guardia pretoriana, desciende de su alto puesto y bastea los fines de su noble institución, haciéndose odioso y despreciable.

Mi partido es la ley, mi caudillo la República, mi bandera el honor, mi ideal la ventura de la Patria.

Estimo en más mi honor que la vida misma; y cuando se vulnera la honra de un soldado que ha sido fiel á las instituciones de su patria; que le ha servido con amor, lealtad, abnegación y espíritu de sacrificio, callar sería conceder, no rechazar la calumnia sería aceptarla y quedar manchado con ella.

En el último tercio de mi vida, cuando me sonreía la esperanza de morir tranquilo sobre mis laureles alcanzados por mis servicios, ha venido la calumnia á amargar mi existencia, obligándome á tomar la pluma para defender mi honor militar.

Otro de los argumentos de mis enemigos para sostener, impávidos, que he recibido dinero por la capitulación es que posteriormente se me ascendió á la efectividad de coronel.

A los amigos, á los partidarios se asciende, dicen; á los enemigos se les degrada, negándoles el agua y el fuego.

Averiguando en Quito sobre el origen de mi ascenso pude informarme de que el Ejecutivo presentó al Congreso una nómina de muchos jefes, pidiendo su ascenso inmediato.

Entonces mi estimado y generoso amigo, senador por Imbabura, señor don Abelardo Moncayo, aprovechó de esa coyuntura para pedir la efectividad de mi grado de coronel. Aceptada que fué su moción, se solicitó al Ministerio de Guerra mi hoja de servicios. Presentada ésta, y habiéndose dado lectura, el señor Moncayo pudo obtener la votación del Congreso Pleno, porque manifestó que mi hoja de servicios era superior á las de los demás jefes. Se decretó el ascenso, y el Ejecutivo no hizo observación alguna al respecto.

Ahora pregunto:

¿Qué culpa tengo yo de un acto espontáneo de un buen amigo?

Se dice que por haber sido enemigo del Gobierno no podía ser ascendido.

En mi criterio juzgo que el soldado que cumple con su deber no es amigo ni enemigo de nadie.

Servía á un gobierno constitucional como el del señor Lizardo García; estalla una revolución inicua, sin programa ni bandera; me mandan á combatirla, vehoz; pero luego las fuerzas del orden traicionan y se pasan al enemigo, contribuyendo al triunfo de la revolución. Circunstancias independientes de mi voluntad me obligan á capitular; capitulo y me retiro á mi casa.

Talvez esto tomó en cuenta la Legislatura para acordar mi ascenso. No me ascendió porque era amigo ni enemigo, ni porque me había vendido; sino por los servicios prestados á mi patria.

A Napoleón I se le tachaba de plebeyo, cuando iba á desposarse con María Luisa, hija del emperador de Austria; pero él decía: *Mi nobleza está vinculada en los servicios que he hecho á mi patria.* Yo, parodiando á tan insigne capitán, repito: Mi ascenso lo debo á los servicios que he hecho á mi patria.

Y si no hubiera traicionado gran parte del Ejército, hoy estaría de General; porque el señor García, en un decreto especial, ordenó que se solicitara del próximo Congreso mi ascenso á General. ¿Qué tal?..... Sería porque me vendí en el combate de San Juan.

El ascenso de coronel no lo esperé ni solicité; me hizo gran daño, pues, según el criterio obtuso de mis enemigos, vino á remachar el clavo y confirmar la venta.

En este sentido escribí al señor Moncayo, agradeciéndole desde luego su noble iniciativa, que corrobora hoy en esta publicación; á fin de pagar, en alguna forma, esta deuda del corazón.

El señor Moncayo me contestó la carta que publico en el *Apéndice* sólo la parte pertinente, así como la del Sr. Dr. Calisto.

Supongo que á Alfaro no le gustó mi ascenso. Me tenía puestos los ojos, y en cualquier triquitraque político me desterraba ó confinaba.

Tranquilo me hallaba trabajando en la hacienda "Angélica", de propiedad del señor Jorge Icaza, cuando me confinó en Quito. Era entonces gobernador de la provincia del Guayas el señor Miguel Angel Carbo.

Si me hubiera vendido me habría dejado tranquilo. Ese confinio me arruinó.

XVI

Conclusión

Poco ó nada se me da del juicio de enemigos anónimos y microscópicos. Son del mismo país y de un mismo *oficio* y han tenido talvez conmigo en la vida pública puntos encontrados. Malos jueces sobre asuntos políticos y militares son los contemporáneos en general. Están inhabilitados moral y legalmente para avocar el conocimiento de este punto histórico.

No escribo este pequeño folleto por darles gusto á mis adversarios, malquerientes y envidiosos, que se han entregado á la ingrata é innoble tarea de difamar-

me, haciéndome una imputación calumniosa, inmundo parto de su corazón protervo y mal intencionado.

Escribo para los hombres de honor, para los corazones generosos, para las almas nobles y elevadas, que comprenden cuánto valen la honra y la dignidad de un soldado pundonoroso que anda con la frente limpia y el corazón satisfecho, después que ha cumplido, á conciencia, con su deber, en una época calamitosa para la República.

Escribo para la Historia, que recogerá estos datos y pronunciará su solemne veredicto al juzgar de estos hechos y de la conducta de los hombres que actuaron en ellos, dando al César lo que es del César.

Rechazo la calumnia con toda la indignación de mi alma, repitiendo con el poeta:

“Alguien con torpe y mentiroso halago,
En busca del aplauso apetecido
Agitó el fondo del impuro lago,
Ah! y el vapor del fango removido
Sólo engendra la peste y el estrago.”

Me hundo en la sombra y sigo mi camino con la frente erguida y levantada, diciendo á mis compatriotas: *leed y juzgad.*

Manuel J. Andrade L.



APENDICE

Nº 1

Carta del General Alfaro

Guayaquil, Noviembre 14 de 1911.

Sr. General D. Eloy Alfaro

Panamá.

Sr. General:

Me tomo la libertad de molestar la atención de Ud. para suplicarle se sirva contestarme lo siguiente:

Como algunos enemigos míos, empeñados en dañar mi honor de militar pundonoroso, y de hombre de bien, se han dado en propalar la infame calumnia de que para capitular en la Ciénaga en Enero de 1906, Ud. me mandó dinero para conseguir tal Capitulación, pido á Ud. con la rectitud y honorabilidad que le distinguen, me diga si es una soberana calumnia el que Ud. me haya entregado dinero ó mandado dar con persona alguna, ó me haya hecho propuestas que en algo pudiera ofender á mi honor.

Dígnese facultarme, hacer de su contestación el uso que me conviniere.

Con las muestras de mi estima y consideración,
Me suscribo Atto. y S. S.

M. Andrade L.

Panamá, 2 de Diciembre de 1911.

Señor Coronel M. Andrade L.

Guayaquil.

Señor Coronel:

En vista de su atenta de fecha 14 de Noviembre, me cumple manifestar, que no he ofrecido ni remitido á usted ni un solo centavo con ocasión de la Capitulación en la hacienda la Ciénaga. Este acto fué honroso para Ud., porque cuando se efectuó no existía el Gobierno á cuyo servicio estaba y ya no tenía á quien defender.

Autorízole hacer el uso que le convenga de esta carta, como lo desea usted.

Su atento servidor

Eloy Alfaro.

Nº 2

Carta del Dr. Calisto

Guayaquil, Noviembre 28 de 1911.

Sr. Coronel D. Manuel Andrade

Distinguido coronel y amigo:

El coronel Holguín por medio de su cajero y comisario de guerra que, si mal no recuerdo, era el mayor Montalvo, racionó á los soldados hasta el lugar de su residencia y á la oficialidad les confirió sus respectivos pasaportes.

Sentados los anteriores hechos que los he estimado necesarios; manifestaré á Ud. que no sólo es una soberana calumnia el que yo le haya entregado dinero para la capitulación, ni hecho propuesta alguna indecorosa, sino que me consta que nadie lo ha hecho.

Debo, advertirle que ni siquiera se trató de semejante cosa, y si alguien se hubiera propuesto insinuar-me siquiera, lo habría rechazado con desprecio, pues, ni soy hombre capaz de aceptar comisiones que puedan

manchar en algo mi honor y reputación, ni se habrían atrevido á hacerlo con Ud. que bien lo conocían y conocen como un militar incorruptible y esclavo en el cumplimiento de su deber.

Puede hacer de ésta el uso que más le conviniera. Su amigo afmo.—Atto. y S.S.

M. de Calisto M.

Nº. 3

Carta del Dr. Cortés García

Señor coronel D. Manuel Andrade L.

Pte.

Estimado señor y amigo:

Tengo á bien dar respuesta á su carta de fecha 25 del mes en curso, en la que me pide informes de su conducta durante la Campaña de 1906, y en honor de la verdad, bajo mi palabra de caballero, aseguro á Ud. que la infame calumnia con que tratan de dañar su reputación algunos detractores, es infundada y acreedora, por tanto, del desprecio de los hombres honrados.

Yo tuve oportunidad de juzgar muy de cerca su personalidad, precisamente en la Campaña á que hace alusión y que dió en tierra con el gobierno constitucional del señor don Lizardo García, habiéndome formado una idea altamente honrosa de su persona, como verdadero y desinteresado patriota y militar de escuela.

Como poseedor de los documentos á que se refiere, tengo por oportuno remitirle fiel copia de la *Adición á la Orden General* para el día 23 de Enero de 1906, esto es, el anterior á aquél en que fueron entregadas las armas al Sr. coronel José I. Holguín, previa capitulación á la que concurrí como Delegado de la División del Centro en unión del Sr. coronel R. Almeida Suárez; la cual Adición es suficiente para comprender su acrisolado comportamiento y desechar las dudas nacidas merced á las especies lanzadas contra su hombría de bien.

Faculto á usted, señor y amigo, para hacer de la presente lo que halle por conveniente; advirtiéndole que estoy enteramente á sus órdenes en todo aquello que pudiera servirle.

De usted affo. amigo y S. S.

J. Alberto Cortés G.

Nº. 4

Carta del Dr. Emilio Arévalo

Guayaquil, Marzo 5 de 1912.

Señor Coronel D. M. Andrade L.

Ciudad.

Mi estimado Coronel y amigo:

Siempre he tenido el mejor concepto de Ud. y me he estimado yo lo bastante, para haber descendido á la indignidad de mandarle ú ofrecerle dinero, por la capitulación de la División militar de su mando, en el año de 1906. Nunca ha ocurrido tal cosa, ni creo que nadie se haya atrevido á poner á precio la honradez y lealtad de Ud.

Por lo que respecta á la plaza de Guayaquil, en lá que fuí Jefe Civil y Militar, ni los más procaces enemigos han osado señalar un solo sobornador, ni un solo traidor. Después del leal combate del 19 de Enero, entre el pueblo que proclamó la revolución y las fuerzas militares que sostenían el Gobierno del señor García; capitularon éstas honradamente y entregaron los cuarteles y las armas en la mañana del 20, convencidos de la ineficacia de su resistencia y del estéril derramamiento de sangre.

Autorizándole para hacer el uso que le convenga de esta contestación á su atenta carta de ayer, me es grato suscribirme de usted sincero amigo y S. S.

E. Arévalo.

Nº. 5

Sobre el ascenso.—Carta del Sr. Abelardo Moncayo

Noviembre 10 de 1908.

Sr. Cnel. D. M. Andrade L.

Guayaquil.

Estimado señor y amigo:

Casi, casi estoy arrepentido del vivísimo sentimiento de justicia que me arrastró á solicitar el ascenso de U. y á trabajar por obtener del Congreso ese acto de equidad. Cuando se trata del verdadero mérito, nunca reclamo yo en la diferencia de matices políticos ó de las opiniones mas ó menos divergentes de las mías: por esto, al ver la lista de los presentados por el Gobierno como solicitantes, me dolió que le hubiesen olvidado á U., á quien, según mi opinión, debía haberse citado entre los primeros. Manífestele mi estrañeza al Sr. Ministro de la Guerra; y valga la verdad, no sólo no me presentó objeción ninguna, sino que con interés trabajó conmigo en ese sentido. En la segunda votación su triunfo fué espléndido, porque algunos Senadores y Diputados me ayudaron con calor en poner las cosas en su punto, al estudiar su hoja de servicios. Pero me tiene algo arrepentido, repito, porque quizá voy involuntariamente á causarle un daño. Lo creerá U.? me tienen como revolucionario, me llaman desleal, y dada la suspicacia de estos señores, van á imaginarse probablemente que mi empeño por el ascenso de U., obedeció talvez á las tales pretensiones de revolución. Por lo demás, excusado es asegurar á Ud. que todo no es sino el parto repugnante de un asqueroso pretendiente á la Presidencia, que está mostrándose admirable en esto de urdir intrigas.—Sea como fuere, como ya lo hecho es irremediable, su propia inocencia le salvará á U. de las sospechas de la canalla; que lo que es por parte mía pienso tanto en política y en la actual Administración como en las barbas de nuestro padre Adán.

Créame U. sincero amigo suyo y obsecuente S.

A. Moncayo.

FE DE ERRATAS

- Pág. 16 donde dice "que se había hecho nombrar", léase "se le había nombrado" etc.
- " 23 " " "General Plaza", léase "General Navarro" etc.
- " 27 " " "Manuel J. Andrade L.", léase "Manuel Andrade L.", únicamente.